

"Informaciones" de Madrid.
31 - mayo - 1963

ES

ESPECTACULOS

7

CRÍTICA: "Las salvajes en Puente San Gil", de José María Recuerda, en el Eslava

SE que José María Recuerda ha estrenado antes de ahora alguna otra comedia, pero la primera que he visto suya es la presentada anoche en el Eslava. Lleva el título de «Las salvajes en Puente San Gil». Puente San Gil es un poblachón quizá manchego, quizá extremeño, y «las salvajes» son las tristes mujeres que componen la compañía de revistas de una tal Palmira Imperio. Son unas cuantas desastradas que van de aquí para allá, por esos ásperos pueblos españoles, bailando y a medio comer, golpeando cuando se tercia, y entre las que figuran, junto a dos o tres encanalladas, una negra, una maestra de escuela y una vieja bailarina que triunfó en París y que vive de sus recuerdos. A todas las unió la perra vida, es decir, la falta de dinero y la falsa moral al uso. Esa vida perra las situó casi al margen o al margen completamente de la sociedad. La sociedad las rechaza porque suponen un factor de disolución y de escándalo, pero no puede prescindir de ellas. Tal contradicción constituye la malla de la comedia estrenada anoche. El autor plantea un grave problema de moral social, pero sin apuntar solución alguna. El autor muestra y condena, pero no indica medio alguno para arreglar las cosas. Es posible que piense que ese no era su papel. Bien; por lo dicho se comprenderá que su obra no es para ursulinas. El tema es muy fuerte ya en sí mismo, y el autor, además, lo ha tratado con la mayor violencia de que era capaz. Ha recargado las tintas y ha buscado los efectos más estridentes. A veces, su violencia raya en el delirio, como si se le quisiera ir de la mano la comedia, como un cohete rebelde y con demasiada pólvora. Pero no existen altibajos en ella. Salvo cuando el autor lo desea —y con esto quiero subrayar la sorprendente madurez que demuestra—, la obra conserva siempre el mismo alto nivel de restallante fuerza, como una larga traca, como un huracán —el huracán de «las salvajes»— que pasara sobre nosotros. Pero cuando se pensaba que la violencia no podía llegar a más, aquella traca todavía nos sorprendía con algún que otro trueno gordo.

«Las salvajes en Puente San Gil» se alinea en el más tremendo realismo español y viene a ser como un desgarrado retablo, como un cartelón hecho de calculados chafarrinones. El autor ha querido —como dice en una nota del programa, recordando una frase de Unamuno— lanzar sal cáustica a los ojos de los espectadores, una sal que más que a los ojos va lanzada, poéticamente, a la conciencia. En este sentido la comedia es un revulsivo, una afirmación ética ante los fariseos. Y este revulsivo se expresa con la rotundidad tremendista de un Eugenio Noel o con la recia palabra de un Solana. De Noel tiene, además, la propuesta moralista, colocada en el aire, sin compromiso de solución. De Solana tiene el

colorido y los tipos. Aquellas «salvajes» vienen a ser las figuras de «Las chicas de la Claudia» o de otros lienzos suyos, aspeadas, acosadas y tristes. Alguien me dijo que por todo esto la obra de Recuerda le parecía ordinaria, vulgar. Eso sería defecto si no fuesen efectos buscados. Yo pienso, por el contrario, que uno de los valores de esta obra es lo que tiene de apoteosis de la ordinarietà, lo que tiene de ordinarietà creada, deliberada, buscada. Se trataba, en cuanto a lo formal, de eso. Ahora, que también creo que, sobre todo en el primer acto, esa ordinarietà desborda los límites que se fijó el autor, y en ciertos momentos aparece como materia amorfa y chorreante en exceso. Otro reparo: creo que muchas escenas de la comedia duran demasiado y caen en la reiteración machacona.

El decorado, de Manuel López, es sencillamente el que requiere la comedia. Tiene el color, las dimensiones y la calidad desamparada que «Las salvajes en Puente San Gil» requiere. Un acierto pleno, por su realismo y por todo lo demás.

De la interpretación hay que decir que, en general, fue buena por parte de todos los actores y actrices. Como el reparto es larguísimo, lo cual hace imposible que pueda detenerme en todos los nombres que lo componen, citaré sólo a los que me parecieron mejores. En primer lugar, María Luisa Lamata. Dio a su papel todo el patetismo necesario y extrajo de él todos los matices. Fue aplaudida largamente en una escena del primer acto. Otro nombre: Pilar Sala, perfectamente perfilada en la encarnación de la «vedette». Supo dotarla del tono suficiente «superior» que requería con relación a las componentes de «su» compañía. De las «salvajes» diré que todas estuvieron muy bien y que recuerdo como más destacadas a Pilar Pereira, a Vicky Lagos y a María Rus. Entre los hombres, quede aquí la citación de Ramón Elías.

La dirección escénica estuvo a cargo de Luis Escobar. Gran parte del éxito obtenido anoche por «Las salvajes en Puente San Gil» se le debe a él. Y eso por la dificultad de ordenar los diversos y «tremendos» elementos de la obra. Escobar acertó en el montaje, en el movimiento de los grupos, en la aceleración de ciertas escenas —como aquella en la que los mozos asaltan el teatro en busca de las mujeres y en la que estalla el terror y el pánico invadiéndolo todo—, en el ritmo total de la comedia. Su labor fue magistral.

Al final de la presentación el público aplaudió con entusiasmo. Lo mismo había sucedido al concluir el primer acto. En esa segunda ocasión, a los aplausos se unieron gritos de «¡bravo, bravo!». Salieron a saludar los intérpretes y el autor, pero éste, emocionado, sufrió un ataque de nervios y casi no se enteró de su éxito.

Pablo CORBALAN